

Decoración del acto primero.

EL LADRÓN

Comedia en tres actos, de M. Henry Bernstein, traducida al castellano por D. Manuel Bueno y D. Ricardo J. Catarineu, y estrenada en el teatro Español.

En la función á beneficio de María Guerrero, verificada en el Español en la noche del 30 del pasado, estrenóse la última obra dramática de Bernstein, traducida por los Sres. D. Manuel Bueno y D. Ricardo J. Catarineu.

De este drama folletinesco, quizá demasiado convencional pero intensamente dramático, nadie ha hablado con mayor independencia de juicio y con criterio más en armonía con el nuestro, que el propio Manuel Bueno, uno de los traductores, en el artículo que al estreno de la obra en Madrid dedicaba en el *Heraldo*.

Decía así el distinguido crítico:

«*El ladrón* es obra que debía gustar á nuestro público, y, en efecto, á pesar de la prevención hostil con que fué oído todo el primer acto, se impuso y logró el éxito lisonjero que habíamos previsto. Debía gustar, porque hay en ella dos elementos que rara vez dejan de vencer á la indiferencia de la muchedumbre: interés y pasión.

Entre los autores modernos se singulariza Bernstein por la simplicidad ruda y brutal, por el vigor rectilíneo con que se dirige á nuestro fondo emotivo, lo reduce y lo domina. No pierde el tiempo en preparar el ánimo del auditorio con una exposición lenta y prolija de los hechos, ni apuntala con chistes una situación que se cuarteja y cae. Nada de eso. Planteados sobriamente los hechos con un

realismo muy dudoso, como suele serlo el realismo que se nos da en la escena, combina la trama de la acción y encadena sus episodios con una lógica concisa y abrumadora, que se sobreponga á todas las objeciones posibles del público y triunfe de sus escrúpulos. No puedo sustraerme á la tentación de buscar la idea general, el tronco de la obra. ¿Es el lujo? ¿Es la sensualidad? ¿Es el malsano apetito de poseer y dominar? Es todo eso conjuntamente lo que arrastra á María Luisa al robo. Hace ya algunos centenares de años lo dijo el moralista: *Animi autem morbi sunt cupiditatis immense et inanes divitiarum, glorie, dominationis, lividinosorum etiam voluptatum.*

Son las flaquezas de la carne, los viejos pecados ancestrales, que nos asedian hasta esclavizarnos en mayor ó menor medida. María Luisa es joven, bella y sensual, y se perece por el lujo. ¿Habéis reparado en la fascinación que ejerce el lujo sobre ciertas naturalezas? Las domina de manera plena y total, las tienta y arrastra á las peores depravaciones. Es una segunda religión, tan insinuante y avasalladora, aunque hable sólo á los sentidos, como las religiones que aspiran á la conquista del alma. Quien vea á una dama frente á un escaparate de modas en la Carrera de San Jerónimo, en la rue de la Paix ó en Oxford-Street — lo mismo da — podrá comprobar lo que dejo escrito. Miran los vestidos, los encajes, las telas y las jo-

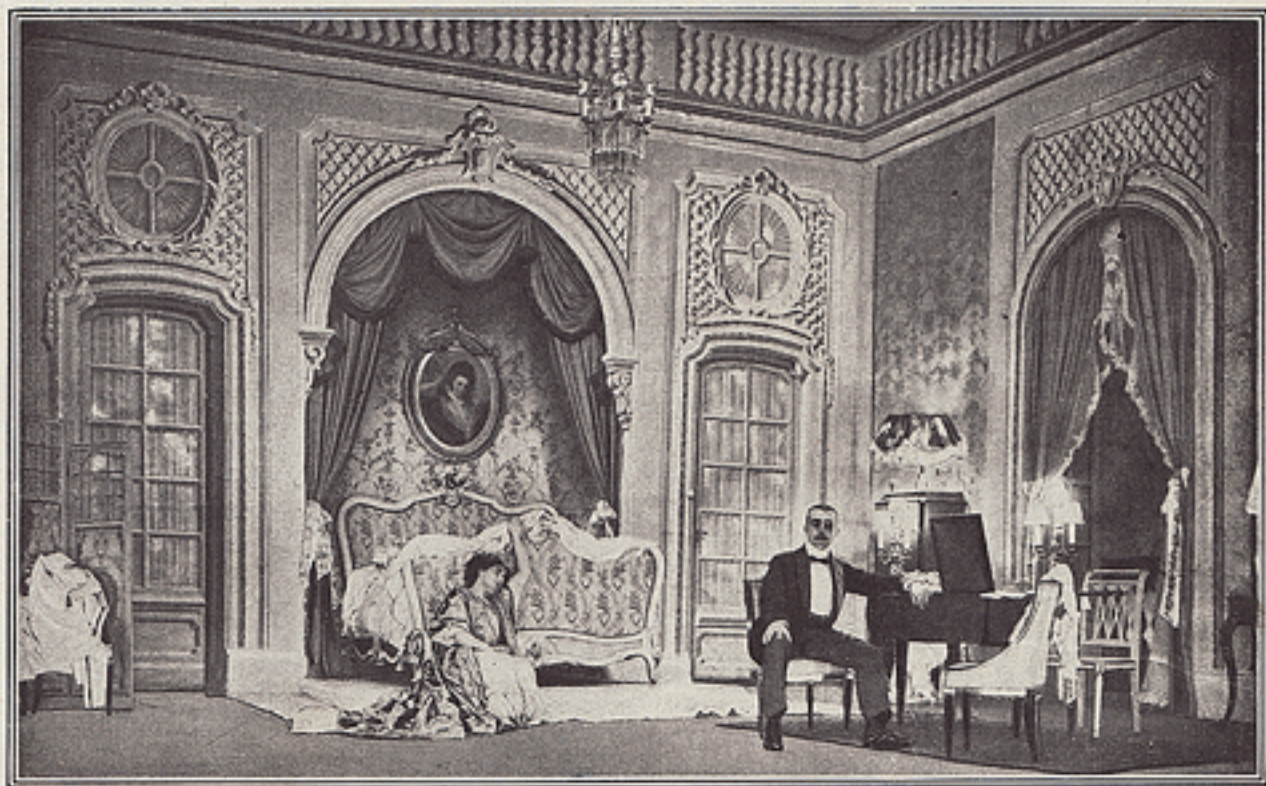
yas con atención absorta de iluminadas, con intensa y turbadora atención, como si fuesen reliquias de un santo. Y entre tanto los maridos sudan y se afanan en sus oficinas, en sus fábricas, en sus bufetes, lejos de presumir que allí, en la calle, mientras ellos se calientan los sesos preparando un negocio ó conjurando una pérdida, sus mujeres conspiran contra sus bolsillos. ¿Cómo resistir, cómo evitar el golpe?

De ningún modo. Si hemos de dar fe á sus palabras, ellas se tocan y se adornan para ellos; pero yo sospecho, sin poner malicia en la conjetura, que también piensan un poco en los otros hombres. ¡Es tan tentadora la vanidad de parecer elegante! Ya en otros tiempos se dolía Juvenal de que el dinero y el lujo hubieran corrompido las nobles costumbres romanas: *pecunia secula luxu divitiarum molles*. Es la enfermedad actual, el morbo roedor de la mujer contemporánea. En determinadas alturas sociales el amor ha perdido su ingenua pureza. Es una forma de la cortesana. El hogar peligra. Se vive en la ociosidad fastuosa, que estimula todas las tentaciones y favorece todas las

mosura de María Luisa, precipitan á ésta en la culpa. ¡Será tan fácil esquivar la responsabilidad! Y sustrae diversas cantidades: hoy, 200 francos; mañana, 500; pasado, 800, hasta que lo robado asciende á 21.500 francos, y los señores de Lagarde reparan en que alguien les está arruinando. Un amigo de la familia, un señor Gondoin, á quien comunican estos hechos, se ofrece á esclarecerlos y capturar al ladrón.

Practicadas ciertas diligencias, todos los indicios acusan á Fernando. Y éste, por salvar á María Luisa, su adorada, arrostra la culpa y el castigo. Aquel episodio es un gallardo alarde de romanticismo, que conmovió al público.

En el acto segundo, de una verdad fisiológica que nadie puede regatear, Ricardo Voisin sonsaca á María Luisa la efectiva procedencia del dinero con que costea sus galas. María Guerrero tuvo en ese acto — una escena que se prolonga cuarenta minutos — uno de esos éxitos de actriz, que la consagrarían en la admiración del público si María no fuese ya el primero y más glorioso prestigio del Tea-



Acto segundo.

María Luisa, Sra. GUERRERO

Ricardo, Sr. DÍAZ DE MENDOZA (F).

caídas. ¡Qué firme equilibrio el de la mujer para no dejarse seducir por las falacias del lujo! María Luisa Voisin es una sensual inconsciente que, á pesar de sus exterioridades de coqueta, sólo aspira á retener el amor de su marido. Y como la elegancia realza la hermosura y ella no tiene medios de costearla, roba.

Un montón de circunstancias favorables la deciden: la hospitalaria confianza de sus amigos los señores de Lagarde, en cuya casa está el matrimonio Voisin pasando el verano; la posibilidad de que el delito le sea imputado á la servidumbre; el carácter manirroto é imprevisor de Isabel Lagarde, y hasta el amoroso cerco que pone Fernando Lagarde, adolescente fogoso y romántico, á la her-

tro español. ¡Qué cálida elocuencia la suya, qué noble arrebató en el gesto y qué imponente pasión en la actitud! El público la aplaudió con frenesí. El éxito de la obra acababa de ser asegurado. A partir de aquel doloroso descubrimiento, en el alma de Ricardo pugnan y rivalizan sus escrúpulos de caballero y sus celos de hombre.

Ante todo, importa poner en claro las cosas: invalidar el sacrificio de Fernando, delatar á la verdadera culpable. Pero ¿y si se amaran? ¿Y si María Luisa le hubiera sido infiel? ¿Es que un enamorado se aviene á arrostrar tamaña responsabilidad, á sumir en la vergüenza y en el dolor á su padre por un rasgo caballeroso, por salvar el honor de la dama? ¿Hay pleno desinterés en aquella ac-

titud? Tras de no escasas pruebas, Ricardo llega á la persuasión de que su mujer no ama á Fernando. Ha sido un inofensivo coqueteo. Y aclarada la verdad, María Luisa y Ricardo deciden expatriarse á América, imponiéndose voluntariamente el mismo castigo que Raimundo Lagarde había aplicado á su hijo Fernando. La obra tiene, pues, un desenlace en el que la justicia immanente de las cosas y los fueros divinos de la pasión quedan á salvo.»

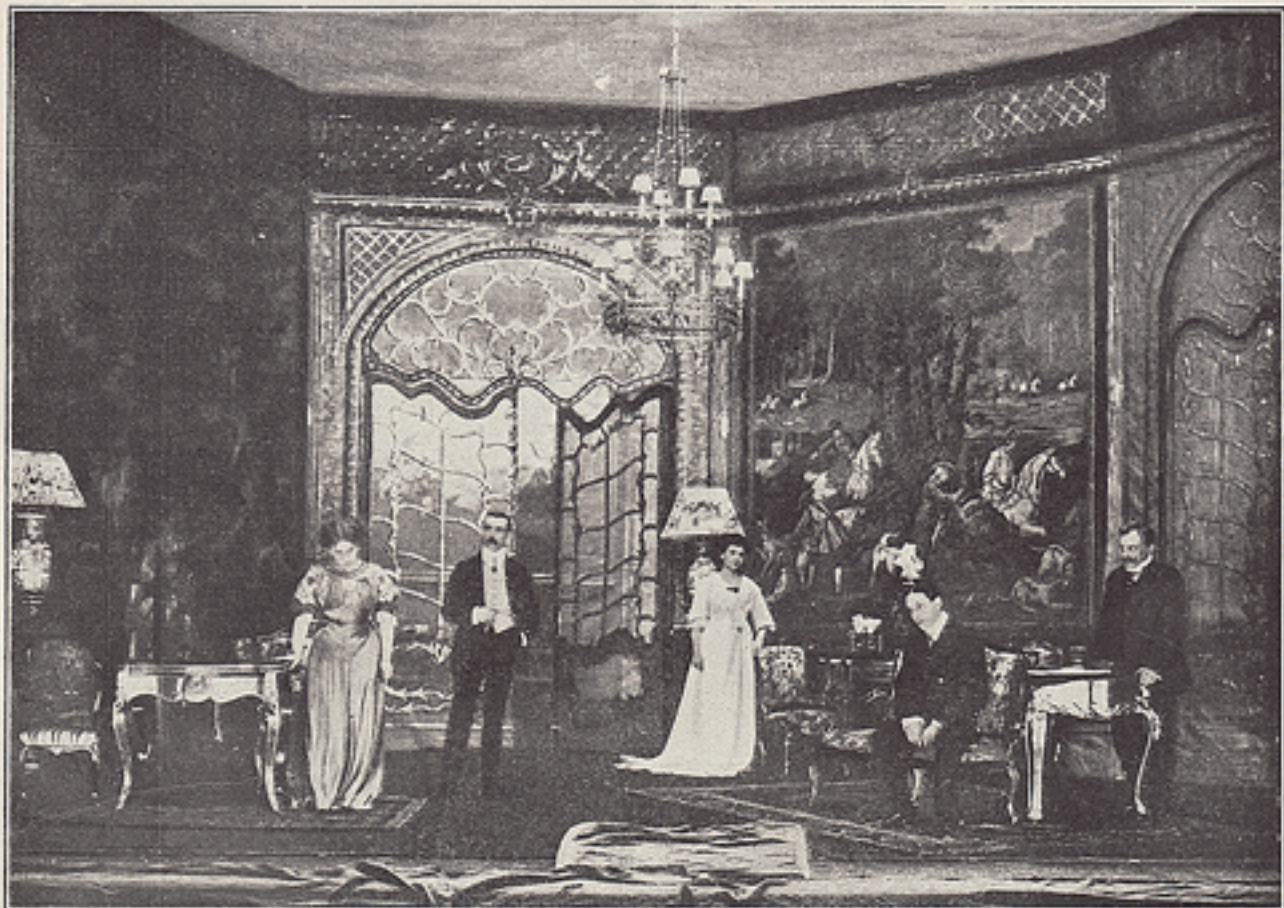
* * *

Un crítico severamente escrupuloso encontrará en la obra de Bernstein demasiadas concesiones al convencionalismo teatral, mucho de artificioso que rebaja su mérito.

Es tan verosímil que una mujer enamorada de un hombre á quien juzga superior en todo, y que por esto siente hacia él una especie de adoración, llegue hasta el crimen por gustarle, por apoderarse de su cariño, por merecer su admiración, por parecerle la más hermosa, la más elegante, la más apetecible de cuantas mujeres ha conocido, que basta el convencimiento de que el amor de la protagonista de la obra es así, para explicarse la acción criminal que lleva á cabo.

María Guerrero hizo esta escena con un arte irreprochable. Todas las delicadezas de mujer enamorada, todos los arranques de aquella pasión intensa tuvieron en la gran actriz la interpretación más justa y perfecta.

Fernando Díaz de Mendoza se mostró también el ar-



Acto tercero. María Luisa, Sra. GUERRERO Ricardo, Sr. MENDOZA Isabel, Sra. ROGA Fernando, Sr. CODINA Raimundo, Sr. CIRERA
Fots. „Bianco y Negro“

to desde el punto de vista literario. Pero no podrá negarle á la obra las dos condiciones esenciales: interés y pasión.

Lo inconsistente, lo artificioso está en el armazón de la comedia, y se transluce en algunas situaciones; pero, en cambio, hay escenas de una realidad, de un verismo tan sobriamente hermoso, que por sí solas bastan para proclamar los talentos de Bernstein como dramaturgo.

El segundo acto, que es una sola escena, es de una verdad asombrosa. Aquella lucha entre los esposos no tiene un momento de convencionalismo efectista; por eso emociona tan intensamente al auditorio. La explicación que Marisa hace del impulso que la llevó al robo, conven-

tista que con inspiraciones felices sabe dar expresión á los sentimientos que animan al personaje que interpreta.

Y completaron el conjunto con singular acierto la Sra. Roca, que á su bella figura une el timbre de voz grato y persuasivo; el Sr. Cirera, cuya sinceridad de expresión merece los más calurosos elogios; Codina, que estuvo verdaderamente inspirado en toda la obra y demostró excepcionales dotes de actor en los difíciles momentos en que abunda el papel de Fernando; y Juste, que dió carácter y dignidad al extraño tipo del *magistrado libre*.

En cuanto á la presentación de la obra, tanto en decoraciones como en trajes, no caben ni más exquisita propiedad ni más depurado gusto artístico.